

EDITORIAL

Releer un texto de hace veinticinco años es una buena excusa para valorar la evolución de las condiciones de nuestra profesión. La disyuntiva suscitada por Reyner Banham en el artículo que se publica, por primera vez en español, en este número 367, «Una caja negra. La profesión secreta de la arquitectura», no es otra que la que nos viene a la cabeza cuando planeamos la línea editorial de una revista para arquitectos a principios del siglo XXI. ¿Cómo insertarse en los procesos de renovación social que ocurren a toda velocidad y a escala global sin perder aquellos valores que hacen de nuestro trabajo una disciplina autónoma enraizada en lo más hondo de la cultura occidental?

Lo cierto es que la arquitectura ha definido un nuevo mestizaje indiscifrable de técnica, estética y voluntad social al rodearse de nuevos cómplices que la enriquecen con otras inquietudes, al integrar procesos colaborativos y democráticos en la definición de programas más adaptados a nuestra sociedad y al exponerse a una crítica que se ejerce ahora de forma ya no «culta», sino anónima y diletante.

No puede negarse, pues, que a la arquitectura le interesan los nuevos territorios y las contaminaciones; no se la puede acusar de falta de voluntad de renovación. Y sin embargo, los arquitectos y la sociedad seguimos sin encontrar una manera confortable de conectar recíprocamente la cotidianeidad con nuestras más excelsas aspiraciones. Será difícil dar una buena respuesta que no pase por asumir que la arquitectura no es *qué* se hace, sino *cómo* se hace. Y desde este punto de inicio habremos de diseminar aún más nuestras habilidades e intereses para dar cabida a la diversidad creativa contemporánea, renovando, de paso, los viejos formatos con otros que reflejen mejor lo que reclaman nuestros diversos lectores. La disolución -*autodestrucción* en palabras de Banham- se evitará si seguimos practicando esa capacidad de compromiso que en cualquier ámbito caracteriza a la profesión de arquitecto.

Re-reading a text from twenty five years ago is a good excuse to assess the evolution of the conditions of our profession. The dilemma raised by Reyner Banham in the article «A Black Box: The Secret Profession of Architecture», published for the first time in Spanish in this number 367, is none other than the dilemma that came to mind when the editorial line for an architectural magazine was planned at the beginning of the 21st century. How do we get inside the processes of social renovation that happen so quickly and on a global scale without losing the values that make our work an autonomous discipline deeply rooted in occidental culture?

What is certain is that architecture has determined a new indecipherable crossbreed of aesthetic, technique and social willingness, and it has done so in surrounding itself with new accomplices which enrich it with other concerns, in integrating collaborative and democratic processes into the programmes most adapted to our society and in exposing it to criticism that is no longer given in a «learned» fashion, but one that is anonymous and diletante.

It can't be denied, then, that architecture is interested in new territories and contamination; it can't be accused of lacking the desire to renew itself. However, architects and society have still not found a comfortable way in which to reciprocally connect that which is routine to our most sublime aspirations.

It will be difficult to provide a decent answer that doesn't go by assuming that architecture isn't *what* is done but *how* it is done. And from this starting point we will have to open up our abilities and interests even more in order to make room for contemporary creative diversity, along the way rejuvenating old formats with others that better reflect what our diverse readership calls for. The dissolution - *self-destruction* in Banham's words - will be avoided if we keep practising the capacity for compromise that characterises every corner of the profession of architecture.

VICTORIA ACEBO y ÁNGEL ALONSO